898.3
G58t

LSC
UNC-CH

The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

898.3
G58t

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00023602380

This Book may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

24 Mar 11 HB
JAN 27 2005
NOV 02 2004
RECEIVED MAY 06 2022
LUNC 10M-Ap 40

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/ternuracanciones00mist

TERNURA

GABRIELA MISTRAL pseud

Lucila Godoy-Alcayaga

TERNURA

Canciones de niños

Rondas
Canciones de la tierra
Estaciones - Religiosas
Otras canciones
Canciones
de Cuna

MONTEVIDEO
CLAUDIO GARCIA, Editor
CALLE SARANDI, 441
1925

Imp. «El Siglo Ilustrado».— San José, 938

Library, Univ. of
North Carolina

A Graciela

RONDAS DE NIÑOS

A don Enrique Molina.

I

LA GUERRA

Las madres contando batallas
sentadas están al umbral.
Los niños se fueron al campo,
la roja amapola a cortar.

Se han puesto a jugar a los ecos
al pie de su cerro alemán.
(Los niños del lado de Francia
rompieron también a cantar).

El canto los montes pasaba.
(El mundo parece cristal).
Y a cada canción las dos rondas
han ido acercándose más.

La frase del canto no entienden,
mas luego se van a encontrar,
y cuando a los ojos se miren
las manos tejiéndose irán...

Las madres saldrán en su busca
y en lo alto se van a encontrar,
y al ver la viviente guirnalda,
su llanto va a ser manantial!

Los hombres saldrán en su busca,
y el corro tan ancho será,
que siendo vergüenza romperlo
riendo en la ronda entrarán...

Después bajarán a las eras
a hacer sin sollozos su pan.
Y cuando la tarde se apague,
la ronda en lo alto estará...

II

¿EN DÓNDE TEJEMOS LA RONDA?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos mejor en el bosque?
Él va voz y voz a mezclar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¡Haremos la ronda infinita:
la iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!

III

LA MARGARITA

El cielo de diciembre es puro
y la fuente mana, divina,
y la hierba llamó temblando
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle,
y sobre la alta hierba fina,
ven una inmensa margarita,
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una margarita blanca
que se levanta y que se inclina,
que se desata y que se anuda,
y que es la ronda en la colina.

En este día abrió una rosa
y perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina...

IV

INVITACIÓN

¿Qué niño no quiere a la ronda
que está en las colinas venir?
Aquellos que se han rezagado
se ven por la cuesta subir.

Vinimos los niños buscando
por viñas, majadas y hogar.
Y todos cantando se unieron
y el corro hace el valle blanquear...

V

DAME LA MANO

Dame la mano y danzaremos;
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, y nada más...

El mismo verso cantaremos,
al mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, y nada más...

Te llamas Rosa y yo Esperanza;
pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza
en la colina, y nada más...

VI

LOS QUE NO DANZAN

Una niña que es inválida
dijo: "¿Cómo danzo yo?"
Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón...

Luego dijo la quebrada:
—"¿Cómo cantaría yo?"
Le dijimos que pusiera
a cantar su corazón...

Dijo el pobre cardo muerto:
—"¿Cómo, cómo danzo yo?"
Le dijimos: —"Pon al viento
a volar tu corazón"...

Dijo Dios desde la altura:
—"¿Cómo bajo del azul?"
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol,
y al que no entra se le ha hecho
tierra, tierra el corazón...

VII

LA TIERRA

Danzamos en tierra chilena,
más suave que rosas y miel,
la tierra que amasa a los hombres
de labios y pecho sin hiel.

La tierra más verde de huertos,
la tierra más rubia de mies,
la tierra más roja de viñas,
¡qué dulce que roza los pies!

Su polvo hizo nuestras mejillas,
su río hizo nuestro reir,
¡y besa los pies de la ronda
que la hace cual madre gemir!

Es bella, y por bella queremos
su césped de rondas albear;
es libre, y por libre queremos
su rostro de cantos bañar...

Mañana abriremos sus rocas,
la haremos viñedo y pomar;
mañana alzaremos sus pueblos:
¡hoy sólo sabemos danzar!

VIII

JESÚS

Haciendo la ronda,
se nos fué la tarde.
El sol ha caído;
la montaña no arde.

Pero la ronda seguirá,
aunque en el cielo el sol no está.

Danzando, danzando,
la viviente fronda,
no lo oyó venir
y entrar en la ronda.

Ha abierto el corro sin rumor
y al centro está hecho resplandor.

Callando va el canto,
callando de asombro.
Se oprimen las manos,
se oprimen temblando.

Y giramos a Su redor
y sin romper el resplandor.

Ya es silencio el coro,
ya ninguno canta:
¡se oye el corazón
en vez de garganta!

¡Y mirando Su rostro arder,
nos va a hallar al amanecer!

IX

TODO ES RONDA

Los astros son rondas de niños
jugando la tierra a mirar...
Los trigos son talles de niñas
jugando a ondular... a ondular...

Los ríos son rondas de niños
jugando a encontrarse en el mar...
Las olas son rondas de niñas
jugando este mundo a abrazar...

CANCIONES DE LA TIERRA

PLANTANDO EL ÁRBOL

Abramos la dulce tierra
con amor, con mucho amor;
es éste un acto que encierra,
de misterios, el mayor.

Cantemos, mientras el tallo
toca el seno maternal.
Bautismo de luz da un rayo
al cono piramidal.

La entregaremos ahora
a la buena Agua, y a vos,
noble Sol; a vos, señora
Tierra, y al buen Padre Dios.

El Señor le hará tan bueno
como un buen hombre, o mejor:
en la tempestad, sereno,
y en toda hora, amparador.

Te dejo en pie. Ya eres mío,
y te juro protección
contra el hacha, contra el frío,
y el insecto, y el turbión.

A tu vida me consagro;
descansarás en mi amor.
¿Qué haré que valga el milagro
de tu fruto y de tu flor?

HIMNO AL ÁRBOL

A José Vasconcelos.

Árbol hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que se duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Árbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que revele mi presencia,
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.

Árbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa embalsamada,
el del follaje amparador;

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:

hazme en el dar un opulento.
Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!

Árbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.

Árbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada leve nido un ser:

dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano — inmenso —
rama no hallaron para hogar!

Árbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:

haz que a través de todo estado
— niñez, vejez, placer, dolor —
asuma mi alma un invariado
y universal gesto de amor!

PLEGARIA POR EL NIDO

¡Dulce Señor, por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Florece en su plumilla el trino:
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto dices que es divino
y el ala es cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al merecerlo,
dulce tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
bello el rocío al enjoyarlo.

De su conchita delicada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;

desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia,
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia...

Tú, que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas
(al copo leve de los lirios
y a las pequeñas clavelinas),

guarda su forma con cariño
y pálpalo con emoción.
Tirita al viento como un niño;
¡es parecido a un corazón!

¡ECHA LA SIMIENTE!

El surco está abierto, y su suave hondor
bajo el sol semeja una cuna ardiente.
¡Oh, labriego, tu obra es grata al Señor!
¡Echa la simiente!

Nunca, nunca, el hambre, negro segador,
a tu hogar se llegue solapadamente.
Para que haya pan, para que haya amor,
¡echa la simiente!

La vida conduces, rudo sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente.
Burla a la miseria y burla al dolor:
¡echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
en el viento, Dios te besa la frente.
Hombre que echas grano, hombre creador,
¡prospere tu rubia simiente!

LA CANCIÓN DEL MAIZAL

I

El maizal canta en el viento
verde, verde de esperanza;
ha crecido en treinta días:
su rumor es alabanza.

Llega, llega al horizonte,
sobre la meseta afable,
y en el viento ríe entero
con su risa innumerable.

II

El maizal gime en el viento
para trojes ya maduros;
se quemaron sus cabellos
y se abrió su estuche duro.

Y su pobre manto seco
se le llena de gemidos:
el maizal gime en el viento
con su manto desceñido.

III

El maizal canta en la troje
con silencio de dormido;
va soñando, va soñando
un maizal recién nacido...

CANCIÓN DE LAS MAZORCAS

Las mazorcas del maíz
a niñitas se parecen:
cuatro meses en los tallos
bien prendidas que se mecen.

Tienen un vellito de oro
como de recién nacido
y unas hojas duras, duras,
que sus talles han vestido.

Y debajo de la vaina,
como niños escondidos,
con sus dos mil dientes de oro
ríen, ríen sin sentido...

Las mazorcas del maíz
a niñitas se parecen:
en las cañas maternales
bien prendidas que se mecen...

NUBES BLANCAS...

—Ovejas blancas, dulces ovejas de vellones
que se inflan como un tul,
asomáis, cual mujeres, los rostros preguntones
tras la colina azul.

Se diría que el cielo o el tiempo consultarais
con ingenuo temor,
o que, para avanzar, un mandato esperarais.
¿Es que tenéis pastor?

—Sí que tenemos un pastor:
el viento errante. Él es.
Y una vez los vellones nos trata con amor,
y con furia otra vez.

Y ya nos manda al Norte o ya nos manda al Sur.
Él manda y hay que ir...
Pero es, por las praderas del infinito azur,
sabio en el conducir.

—Ovejas del vellón nevado,
¿tenéis dueño y señor?
Y si me confiara su divino ganado,
¿no me querrías por pastor?

—Claro es que la manada bella
su Dueño tiene, como allá,
Detrás del oro trémulo de la trémula estrella,
pastor, dicen que está.

El seguirnos por este valle tan dilatado
te puede fatigar.
Son también tus ovejas de vellón delicado...
¿Las vas a abandonar?

MIENTRAS BAJA LA NIEVE

Ha bajado la nieve, divina criatura,
el valle a conocer.
Ha bajado la nieve, esposa de la estrella,
¡Mirémosla caer!

¡Dulce! Llega sin ruido, como los suaves seres
que recelan dañar,
Así baja la luna y así bajan los sueños.
¡Mirémosla bajar!

¡Pura! Mira tu valle cómo lo está bordando
de su ligero azahar.
Tiene unos dulces dedos tan leves y sutiles
que rozan sin rozar.

¡Bella! ¿No te parece que sea el don magnífico
de un alto Donador?
Detrás de las estrellas su ancho pletro de seda
desgaja sin rumor.

Déjala que en la frente te diluya su pluma
y te prenda su flor.
¡Quién sabe si no trae un mensaje a los hombres
de parte del Señor!

PROMESA A LAS ESTRELLAS

Ojitos de las estrellas
abiertos en un oscuro
terciopelo: desde lo alto,
¿me veis puro?

Ojitos de las estrellas,
prendidos en el sereno
cielo, decid: desde arriba,
¿me halláis bueno?

Ojitos de las estrellas,
de pestañita dorada,
os diré: ¡Tenéis muy suave
la mirada!

Ojitos de las estrellas,
de pestañitas inquietas,
¿por qué sois azules, rojos
y violetas?

Ojitos de la pupila
curiosa y trasnochadora,
¿por qué os borra con sus rosas
la aurora?

Ojitos, salpicaduras
de lágrimas o rocío,
cuando tembáis allá arriba,
¿es de frío?

Ojitos de las estrellas,
postrado en la tierra os juro
que me habéis de mirar siempre
puro!

ESTACIONES

DOÑA PRIMAVERA

Doña Primavera
viste que es primor
de blanco, tal como
limonero en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas,
y por caravanas
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo...

No cree al que le hable
de las vidas ruines.
¿Cómo va a entenderlas
entre sus jazmines?

¿Cómo va a entenderlas
junto de las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?

De la tierra enferma
en las hondas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.

Pone sus encajes,
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas...

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas.

Rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de abnegación.

VERANO

Verano, verano rey,
obrero de mano ardiente,
sé para los segadores,
¡dueño de hornos!, más clemente.

Inclinados sobre el oro
áspero de sus espigas,
desfallecen. ¡Manda un viento
de frescas alas amigas!

Verano, la tierra abrasa:
llama tu sol allá arriba;
llama tu granada abierta;
llama el labio, llama viva.

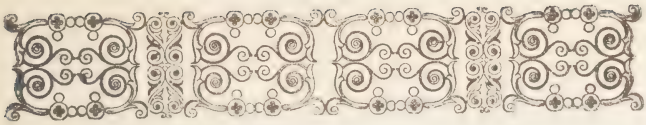
La vid está fatigada
del producir abundoso.
El río se fuga, lánguido,
de tu castigo ardoroso.

Echa un pañuelo de nube,
de clara nube extendida,
sobre la vendimiadora
de la mejilla encendida.

Soberbio verano rey,
el de los hornos ardientes,
no te sorbas la frescura
en los labios de las fuentes...

Gracias por la fronda ardida
del fruto en los naranjales,
y gracias por la amapola
que te encendía los trigales.

RELIGIOSAS



ROMANCE DEL ESTABLO DE BELÉN

Al llegar la media noche
y al romper en llanto el Niño,
las cien bestias despertaron
y el establo se hizo vivo...

Y se fueron acercando
y alargaron hasta el Niño
sus cien cuellos anhelantes
como un bosque estremecido.

Bajó un buey su aliento al rostro
y se lo exhaló sin ruido,
y sus ojos fueron tiernos
como llenos de rocío...

Una oveja lo frotaba
contra su vellón suavísimo
y las manos le lamían
en cuclillas dos cabritos...

Las paredes del establo
se cubrieron sin sentirlo
de faisanes y de ocas
y de gallos y de mirlos.

Los faisanes descendieron
y pasaban sobre el Niño
su ancha cola de colores;
y las ocas de anchos picos,

arreglábanle las pajas;
y el enjambre de los mirlos
era un vuelo palpitante
sobre el recién nacido.

Y la Virgen entre el bosque
de los cuernos, sin sentido,
agitada iba y venía
sin poder tomar al Niño.

Y José sonriendo iba
acercándose en su auxilio...
¡Y era como un bosque todo
el establo conmovido!

ROMANCE DE NOCHEBUENA

Vamos a buscar
dónde nació el niño:
nació en todo el mundo,
ciudades, caminos...

Tal vez caminando
lo hallemos dormido
en la era más alta
debajo del trigo...

O está en estas horas
llorando caidito
en la mancha espesa
de un montón de lirios.

A Belén no vamos.
Jesús no ha querido
estar derramado
por campo y caminos.

Su madre es María,
pero ha consentido
que esta noche todos
le mezan al Niño.

Lo tiene Lucía,
lo mece Francisco
y mama en el pecho
de Juana, suavísimo.

Vamos a buscarlo
por esos caminos:
¡todos en pastores
somos convertidos!

Gritando la nueva
los cerros subimos
¡y vivo parece
de gente el camino!

Jesús ha llegado
y todos dormimos
esta noche sobre
su pecho ceñidos.

HABLANDO AL PADRE

Padre: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé,
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal,
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy;
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir,
y por el ver
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar,
y el alcanzar
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad,
llevarle un don,
mi corazón,
¡y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
en Ti al rodar
herida en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
De tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

EL ÁNGEL GUARDIÁN

I

Es verdad, no es un cuento.
Hay un Ángel Guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va, doquiera van.

Tiene cabellos suaves
de seda desflecada,
ojos dulces y graves
que dan la paz con sólo la mirada.
¡Ojos de alucinante claridad!
(No es un cuento, es verdad).

Tiene manos hermosas
para proteger hechas.
En actitud de defender, piadosa,
levantada una, acecha.
¡Mano grácil de suma idealidad!
(No es un cuento, es verdad).

Tiene pie vaporoso.
El aura hace más ruido
que su andar armonioso.
Va sobre el suelo, pero no a él unido.
¡Andar de misteriosa vaguedad!
(No es un cuento, es verdad).

Bajo su ala de seda,
bajo de su ala azul, curva y rizada,
todo tu cuerpo cuando duermes queda
y aspira una tibieza perfumada.
¡A la que es como un gesto de bondad!
(No es un cuento, es verdad).

II

Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas;
rompe a la nuez su tenaz envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Gentil, te ayuda a que cortes las rosas;
vuelve más pura la linfa en que bebes;
te dice el modo de obrar de las cosas:
las que tú atraigas y las que repruebes.

Llora, si acaso los nidos despojas,
y si la testa del lirio mutilas,
y si la frase brutal, que sonroja,
su acre veneno en tu boca destila.

Y aunque ese lazo que a ti le ha ligado
al de la carne y el alma semeja,
cuando su estigma te pone el pecado
presa de horror y llorando se aleja...

Es verdad, no es un cuento.
Hay un Ángel Guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va, doquiera van!

EL HIMNO COTIDIANO

A la señorita Virginia Trewhela.

En este nuevo día
que me concedes ¡oh, Señor!
dame mi parte de alegría
y haz que consiga ser mejor.

Dame Tú el don de la salud,
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de la juventud;
y la cosecha de verdad,
la reflexión, la sensatez,
séquito de la ancianidad.

Dichoso yo si, al fin del día,
un odio menos llevo en mí;

si una luz más mis pasos guía
y si un error más extinguí.

Y si por la rudeza mía
nadie sus lágrimas vertió,
y si alguien tuvo la alegría
que mi ternura le ofreció.

Que cada tumbo en el sendero
me vaya haciendo conocer
cada pedrusco traicionero
que mi ojo ruin no supo ver.

Y más potente me incorpore
sin protestar, sin blasfemar.
Y mi ilusión la senda dore,
y mi ilusión me la haga amar.

Que dé la suma de bondad,
de actividades y de amor
que a cada ser se mandó dar:
suma de esencias a la flor
y de albas nubes a la mar.

Y que, por fin, mi siglo, engreído
en su grandeza material,
no me deslumbre hasta el olvido
de que soy barro y soy mortal,

Ame a los seres este día;
a todo trance halle la luz.
Ame mi gozo y mi agonía:
¡ame la prueba de mi cruz!

OTRAS CANCIONES

PIECECITOS...

A Jorge Guzmán Dinator.

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!

¡Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis
una flor de luz viva
dejáis;

que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

CARICIA

Madre, madre, tú me besas,
pero yo te beso más.
Como el agua en los cristales
caen mis besos a tu faz...

Te he besado tanto, tanto,
que de mí cubierta estás
y el enjambre de mis besos
no te deja ni mirar...

Si la abeja se entra al lirio,
no se siente su aletear:
cuando tú al hijito escondes
no se le oye el respirar...

Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,
y qué lindo niño veo
a tus ojos asomar...

El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en los ojos copias
a tu niño y nada más.

Los ojitos que me diste
yo los tengo que gastar
en seguirte por los valles,
por el cielo y por el mar...

DULZURA

Madrecita mía,
madrecita tierna,
déjame decirte
dulzuras extremas.

Es tuyo mi cuerpo
que hiciste cual ramo.
Deja revolverlo
sobre tu regazo.

Juntito a tu pecho
yo me encuentro hermoso,
como el empinado
dedalito de oro.

Juega tú a ser hoja
y yo a ser rocío:
así, así en tus brazos
tenme suspendido...

¡Madrecita mía,
todito mi mundo,
déjame decirte
los cariños sumos!

HOMBRECITO

Madre, cuando sea grande
¡ay! qué mozo el que tendrás.
Te levantaré en mis brazos
como el viento al alfalfar.

Yo no sé si haré tu casa
cual me hiciste tú el pañal
o si fundiré los bronces
los que son eternidad.

¡Ay! qué hermosa casa haría
tu niñito, tu titán,
y qué sombra tan amante
de su alero va a bajar.

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de colmar
con las frutas perfumadas:
pura miel y suavidad.

O mejor te haré tapices
y la juncia he de trenzar;
o mejor tendré un molino,
el que canta y hace el pan.

¡Ay! qué alegre tu hombrecito
en la fragua va a cantar,
o en la rueda del molino
o en las jarcias en el mar.

Cuenta, cuenta las ventanas
que estas manos abrirán;
cuenta, cuenta mis gavillas,
si las puedes tú contar...

(Con la greda purpurina
me enseñaste tú a crear,
y me diste en tus canciones
todo el valle y todo el mar...)

¡Ay! qué hermoso niño el tuyo
que jugando te pondrá
en lo alto de las parvas
y en las olas del trigal...

A NOEL

¡Noel, el de la noche del prodigio,
Noel de barbas caudalosas,
Noel de las sorpresas delicadas
y las sandalias sigilosas!

Esta noche te dejo mi calzado
colgando en los balcones.
Antes que hayas pasado frente de ellos,
no vacies tus bolsones.

Noel, Noel, te vas a encontrar húmedas
mis medias de rocío
mirando con ojitos que te atisban
las barbazas del río...

Sacude el llanto, y deja cada una
perfumada y llenita,
con el anillo de la Cenicienta
y el lobo de Caperucita...

Y no olvides a Marta. También deja
su zapatito abierto.
Es mi vecina, y yo la quiero, desde
que su mamita ha muerto.

¡Noel, dulce Noel, de las manazas
florecidas de dones,
de los ojitos pícaros y azules
y la barba en vellones...!

CANCIONES DE CUNA

I

ESTRELLITA

Estrellita sobre
mi pecho caída:
¡ay! de milagrosa
no pareces mía.

Me dormí una noche,
desperté con ella
que resplandecía
caída en mis trenzas.

Grité a mis hermanas,
que acudieron prestas:
¿No veis que en las sábanas
echa luz y tiembla?

Y saliendo al patio
clamé a las incrédulas:
—¡Mirad que no es niña,
palpad que es estrella!

Llenaron mi casa
las comadres trémulas.
¡Y unas me la tocan
y otras me la besan!

Y días y días
ya duran las fiestas,
en torno a la cuna
donde arde mi estrella.

Este año no cae
la escarcha a las huertas,
no muere el ganado,
se cargan las cepas.

Me bendicen todas
y mi amor contesta:
¡Ay! dejad dormir
mi niñita estrella!

Luz echa su cuerpo
y luz sus pupilas,
y la miro y lloro
¡que es mía y es mía!

II

YO NO TENGO SOLEDAD

En la noche desamparo
de las sierras hasta el mar.
Pero yo, la que te mece,
¡yo no tengo soledad!

En el cielo desamparo,
pues la luna cae al mar;
pero yo, la que te estrecha,
¡yo no tengo soledad!

Es la vida desamparo:
¡toda carne triste va!;
pero yo, la que te canta,
¡yo no tengo soledad!

II

LA MADRE TRISTE

Duerme, duerme, dueño mío,
sin zozobra, sin temor,
aunque no se duerma mi alma,
aunque no descanse yo.

Duerme, duerme, y que en la noche
seas tú menos rumor
que la hoja de la hierba,
que la seda del vellón.

Duerma en ti la carne mía,
mi zozobra, mi temblor.
En ti ciérrense mis ojos,
¡duerma en ti mi corazón!

IV

CANCIÓN AMARGA

¡Ay! juguemos, hijo mío.
a la reina con el rey...!

* * *

Este verde campo es tuyo.
¿De quién más podría ser?
Las alfalfas temblorosas
para ti se han de mecer.

Este valle es sólo tuyo.
¿De quién más podría ser?
Para que los disfrutemos
los pomares se hacen miel.

El cordero está espesando
el vellón que he de tejer,
y son tuyas las majadas.
¿De quién más podrían ser?

(¡Ay! no es cierto que tiritas
como el Niño de Belén,
y que el pecho de tu madre
se secó de padecer!)

Sí, juguemos, hijo mío
a la reina con el rey.

V

ROCÍO

Ésta era una rosa
llena de rocío:
éste era mi pecho
con el hijo mío.

Junta sus hojitas
para sostenerlo:
esquiva la brisa
por no desprenderlo.

Descendió una noche
desde el cielo inmenso:
del amor tiene ella
su aliento suspenso.

De dicha se queda
callada, callada:
¡no hay rosa entre rosas
más maravillada!

Ésta era una rosa
llena de rocío:
éste era mi pecho
con el hijo mío.

VI

MECIENDO

El mar sus millares de olas
mece, divino.
Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece a los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra,
mezo a mi niño.

VII

ME TUVISTE

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la ronda de astros
quien te va meciendo.

Gozaste la luz
y fuiste feliz.
Todo bien tuviste
al tenerme a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la tierra amante
quien te va meciendo.

Miraste la ardiente
rosa carmesí,
estrechaste al mundo:
me estrechaste a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es Dios en la sombra
quien te va meciendo.

VIII

APEGADO A MÍ

Velloncito de mi carne
que en mis entrañas tejí,
velloncito tembloroso,
¡duérmete apegado a mí!

La perdiz duerme en el trigo
escuchándolo latir.
No te turbes por aliento,
¡duérmete apegado a mí!

Hierbecita temblorosa,
asombrada de vivir,
no resbales de mi brazo,
¡duérmete apegado a mí!

Yo que todo lo he perdido
ahora tiemblo hasta al dormir.
No resbales de mi pecho,
¡duérmete apegado a mí!

IX

HALLAZGO

Me encontré este niño
cuando al campo iba:
dormido lo he hallado
sobre unas gavillas...

O tal vez ha sido
cruzando la viña:
al buscar un pámpano
toqué su mejilla...

Y por eso temo,
al quedar dormida,
se evapore como
rocío en las viñas...

X

MIEDO

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan;
se hunde volando en el cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace nido
y mis manos no la peinan.
¡Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan!

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro
¿cómo juega en las praderas?
Y cuando llegue la noche
a mi lado no se acuesta...
¡Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa!

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La pondrían en un trono
adonde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina...!

XI

LA CUNA

Carpintero, carpintero,
haz la cuna de mi infante:
corta, corta los maderos,
que yo espero palpitante.

Carpintero, carpintero,
baja el pino del repecho,
y lo cortas en la rama
que es tan suave cual mi pecho

Carpintero ennegrecido,
fuiste, fuiste criatura.
Al recuerdo de tu madre,
labras cunas con dulzura.

Carpintero, carpintero,
mientra yo a mi niño arrullo,
que se duerma en esta noche
sonrïendo el hijo tuyo...

XII

BOTONCITO

Yo tenía un botoncito
aquí, junto al corazón.
Era blanco y pequeñito
como el grano del arroz.

De la luz lo defendía
en la hora del calor.
Yo tenía un botoncito
apegado al corazón.

Fué creciendo, fué creciendo
y mi sombra la pasó.
Fué tan alto como un árbol
y su frente como el sol.

Fué creciendo, fué creciendo
y el regazo me llenó;
y se fué por los caminos
como arroyo cantador...

Lo he perdido, y así canto
por mecerme mi dolor:
"¡Yo tenía un botoncito
apegado al corazón!"

XIII

CORDERITO

Corderito mío,
suavidad callada:
mi pecho es tu gruta
de musgo afelpada.

Carne blanca como
manchita de luna:
lo he olvidado todo
para hacerme cuna.

Me olvidé del mundo
y de mí no siento
más que el pecho vivo
con que te sustento.

Tu fiesta, hijo mío,
me apagó las fiestas.
¡Y sé de mí, sólo
que en mí te recuestas!

XIV

LA NOCHE

Por que duermas, hijo mío,
el ocaso no arde más:
no hay más brillo que el rocío,
más blancura que mi faz.

Por que duermas, hijo mío,
el camino enmudeció:
nadie gime sino el río;
nada existe sino yo.

Va anegando niebla el llano.
Se cerró el suspiro azul.
Se ha posado como mano
sobre el mundo la quietud.

Yo no sólo fuí meciendo
a mi niño en mi cantar:
a la Tierra iba durmiendo
al vaivén de mi cunar...

XV

ENCANTAMIENTO

Este niño es un encanto
parecido al fino viento:
si dormida lo amamanto
que me bebe yo no siento...

Es más dulce éste al que río
que el contorno de la loma.
Es más lindo el niño mío
que la Tierra a que se asoma.

Es más rico este mi niño
que la Tierra y que los cielos:
en mi pecho tiene armiño
y en mi canto terciopelos...

XVI

SUAVIDADES

Cuando yo te estoy cantando,
en la tierra acaba el mal;
todo es dulce cual tu sienes:
la barranca, el espinar.

Cuando yo te estoy cantando
se me borra la crueldad:
suaves son como tus párpados
¡el león con el chacal!

ÍNDICE

Págs.

DEDICATORIA 5

RONDAS

I. La guerra 9
II. ¿En dónde tejemos la ronda? 10
III. La margarita 11
IV. Invitación 12
V. Dame la mano. 12
VI. Los que no danzan 13
VII. La tierra 14
VIII. Jesús 15
IX. Todo es ronda. 16

CANCIONES DE LA TIERRA

Plantando el árbol 19
Himno al árbol 20
Plegaria por el nido 22
¡Echa la simiente! 23
La canción del maíz! 24
Canción de las mazorcas 25
Nubes blancas 26
Mientras baja la nieve 27
Promesa a las estrellas 28

ESTACIONES

Doña Primavera 33
Verano 35

RELIGIOSAS

Págs.

Romance del establo de Belén 39
Romance de Nochebuena 40
Hablando al Padre 42
Angel guardián 44
El himno cotidiano 46

OTRAS CANCIONES

Pececitos 51
Caricia 52
Dulzura 53
Hombrecito 54
A Noel 55

CANCIONES DE CUNA

I. Estrellita 59
II. Yo no tengo soledad 60
III. La madre triste 61
IV. Canción amarga 62
V. Rocío 63
VI. Meciendo 64
VII. Me tuviste 64
VIII. Apegado a mí 65
IX. Hallazgo 66
X. Miedo 67
XI. La cuna 68
XII. Botoncito 68
XIII. Corderito 69
XIV. La noche 70
XV. Encantamiento 71
XVI. Suavidades 72

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
0002360238 0